

mejante acto es una manifestación viviente de Dios sobre la tierra.»

Si la gracia de Dios ilumina los ojos del Profesor japonés para descubrir la verdadera *manifestación viviente de Dios*, en la única Iglesia de Jesucristo por divina fundación establecida y por divino influjo gobernada, comprenderá mejor cuál es la fuente misteriosa y sobrenatural de donde proceden esas doctrinas que le han impresionado tan profundamente como si escuchara el lenguaje del mismo Dios.

## CAPÍTULO XI

### EL CATOLICISMO Y LA LIBERTAD DE LOS PUEBLOS

Los escritores anticatólicos en general, imbuidos en los prejuicios del vulgo ignorante, consideran como verdad axiomática que la libertad nació con la Reforma. La Iglesia reformada pasa por sinónimo de *libertad*, y la Iglesia secular romana vale tanto como *despotismo*. Este es el argumento Aquiles que en nuestro país se aduce contra el Catolicismo: el de que si llegara á ejercer influencia y predominar, desaparecerían nuestras instituciones libres, y la nación caería en esclavitud política y espiritual. Propongo aclarar esta cuestión, valiéndome para ello únicamente de la autoridad de los escritores protestantes más afamados. Si sus obras fuesen más leídas, á buen seguro que no pasarían por valederas algunas opiniones corrientes hoy entre el vulgo de los semi-ilustrados, y aun entre buen número de los que se llaman sabios. Vamos, pues, á citar, de los historiadores y sociólogos protestantes más en boga, alguno que otro testimonio de los innumerables que de sus obras pudiéramos entresacar, y con ellos demostraremos cuán legítimos son los títulos que á la Iglesia católica asisten para ser llamada madre, protectora y guía de toda clase de libertades verdaderas, de que una civilización cristiana puede gloriarse.

#### Abolición de la esclavitud

Si los calumniadores de la Iglesia, cuando la acusan de ser el enemigo más declarado de la libertad, abriesen las páginas de la Historia, se encontrarían en ella con un hecho estupendo, capaz

por sí solo de imponer silencio á sus infundadas recriminaciones. Tal es la gloriosa regeneración de la sociedad europea, llevada á cabo por el Catolicismo, mediante la abolición de la esclavitud.

Más de la mitad del género humano gemía aherrojado en cadenas. En ninguna parte era reconocida la dignidad humana, y no había escuela filosófica ni religión alguna que enseñase la igualdad específica de todos los hombres. Y precisamente esta verdad, desconocida hasta los tiempos de los apóstoles, es el fundamento sobre que descansa la libertad humana. Sembraron, pues, los fundadores de la Iglesia cristiana primitiva la semilla de esta fundamental verdad, que en plazo no muy lejano había de producir la emancipación del género humano, llevada á cabo, no con violentas sacudidas revolucionarias, sino inculcando profundamente en las almas esta gran máxima: «Todos sois hermanos; amaos unos á otros.» Y los que esta lección habían aprendido en la verdadera escuela de la libertad, al querer ponerla por obra, lo primero que hacían era romper las cadenas de sus esclavos. Que nadie esclaviza á quien ama.

En este sentido se expresaba en todos tiempos la Sede romana. Oigamos, aunque no sea más, al Papa San Gregorio el Grande:

«Desde que nuestro adorable Redentor y Criador de todas las cosas se dignó, en su bondad, tomar nuestra naturaleza para restaurarnos á la primitiva libertad, rompiendo las ataduras de nuestra servidumbre, es un acto meritorio y saludable devolver al hombre la libertad en que todos fuimos criados; porque la naturaleza hizo á todos libres, y el yugo de la esclavitud ha debido su origen á leyes humanas.»

Sin duda que debía ser enemiga jurada de la libertad, aquella Iglesia Católica, que inspiró y fomentó la fundación de Órdenes religiosas, consagradas con votos solemnes á la redención de los cautivos cristianos, detenidos en tierras de morós é infieles, dando, si preciso fuere, la propia libertad en pago de la de sus hermanos esclavos. Pero ¿qué sabe la generalidad de los protestantes de los heroicos hechos y gloriosas instituciones de la Iglesia católica? Hay, sin embargo, entre ellos, hombres sabios que claramente han comprendido lo absurdo y apasionado de semejantes opiniones populares, y han tenido la laudable entereza de manifestar públicamente la admiración que les produce el Catolicismo. Oigamos á algunos. Sea el primero el historiador *Mister Lecky*.

«La Iglesia católica — dice — fué el corazón y alma de la cristiandad. Con su poderoso ascendiente, logró dar nuevo rumbo á la civilización: hecho el más grandioso que registra la historia de las evoluciones humanas. A la caída del Imperio Romano, supo armonizar los heterogéneos y anárquicos elementos que agitaban á Europa, y por medio del cristianismo, establecer un lazo de unión, más fuerte que las divisiones de nacionalidad; un lazo moral, más poderoso que la fuerza bruta. Por estos medios, suavizada la antigua esclavitud se convirtió en vasallaje feudal, y de este, se pasó á la emancipación de las ciudades y de los pueblos, echándose así los fundamentos de la moderna civilización. Y en esta obra de transición, desde la esclavitud al vasallaje del feudalismo, y de éste á la libertad individual y social, la Iglesia católica fué el agente más celoso, más incansable y más eficaz.» (*Hist. of Rationalism.*, vol. II, págs. 36, 37, 209.)

En efecto, cuando la Iglesia empezó su obra divina, cada trabajador era un esclavo; pero á costa de incesante trabajo se le elevó á la dignidad de hombre libre é independiente, como el que más. Aquí ocurre una pregunta: ¿es hoy en día el trabajador verdaderamente libre? Y si no lo es, si por el contrario, le vemos convertido en una nueva especie de siervo social, y esclavo de corporaciones paganizadas, sin alma y sin sentimientos; ¿desde cuándo data, y por culpa de quién, se ha hecho este retroceso á la esclavitud? ¿Quién es hoy mismo, el verdadero campeón de los derechos y libertad de los proletarios, en contra de la avasalladora influencia y doctrinas del Protestantismo, Laicismo y Liberalismo? La respuesta cae de su propio peso. Pero sigamos adelante.

El Dr. *Maitland* declara, que:

«En los periodos más sombríos y críticos de la historia, la Iglesia es fuente y principio de civilización; dispensadora de bienestar y seguridad, cuanto en lo humano es posible, y en fin, protectora y defensora declarada de los derechos del hombre.» (*Essays on the Dark Ages*, pág. 393).

El conocido historiador francés, y protestante, *M. Guizot*, dice: «No hay duda de que la Iglesia católica ha luchado resueltamente contra todos los grandes vicios sociales; contra la esclavitud, por ejemplo. Estos hechos son tan sabidos, que no necesitan entrar en pormenores.» (*Hist. Gén. de la Civilization en Europe*, VI leçon).

### Libertad civil y política

El mismo M. Guizot, hablando del siglo V, cuando el Imperio romano estaba en las agonías de su disolución, y la Europa toda inundada por hordas de bárbaros, dice así:

«No hay exageración en decir que la Iglesia fué la que salvó la cristiandad. La Iglesia, con sus instituciones, sus magistraturas y su poder, resistió vigorosamente á un mismo tiempo á la disolución de dentro y á los enemigos de fuera. Ella conquistó á los bárbaros, y fué el lazo de unión entre el mundo culto vencido y el salvaje vencedor. En medio de aquel anegador diluvio de fuerza bruta, fué un beneficio inmenso la presencia de un poder moral cuya fuerza estribaba en las convicciones, creencias y sentimientos morales. Á no ser por la Iglesia de Jesucristo, el mundo todo hubiera quedado abandonado á los abusos de la fuerza material. La Iglesia solamente podía ejercer un poder moral.» (Ibid., 2.ª leçon.)

«La Iglesia era una Sociedad perfectamente organizada, dotada de leyes y disciplina propias, y animada por un ardiente deseo de extender su influencia y de conquistar á los vencedores. Entre los cristianos de este período, sobre todo entre el Clero, había hombres versados en cuestiones morales y políticas, que tenían ideas fijas, sentimientos valerosos, y un ardiente deseo de propagar sus creencias. Ninguna sociedad ha hecho esfuerzos tan vigorosos por dejar sentir su influencia y vaciar en sus propios moldes al mundo que le rodeaba, como la Iglesia, desde los siglos V al X. Aquello fué un asalto general á los bárbaros para someterlos á la civilización.» (Ibid., 3.ª leçon.)

«Todos los elementos civiles de la moderna sociedad, Municipio, Feudalismo, Monarquía, se encontraban en la infancia ó en la decrepitud. Sólo la Iglesia, joven y organizada, podía conservar su forma propia y retener su vigor primitivo. Ella sólo tenía actividad y orden, energía y plan; los dos grandes factores de su influencia. Resolvía todas las grandes cuestiones relativas al hombre; daba solución á todos los problemas que se rozaban con su naturaleza ó su destino. De aquí que en la moderna civilización su influencia ha sido inmensa; mucho mayor de lo que jamás

han imaginado sus más ardientes adversarios ó sus más entusiastas apologistas.» (Ibid., 5.ª leçon, pág. 132.)

En otra parte dice:

«Destruir la autoridad del Papado, hubiera sido asestar un golpe de muerte á los derechos y libertad del pueblo.»

Oigamos ahora á un escritor inglés. El historiador Milman se expresa del modo siguiente, hablando del siglo VI de la era cristiana:

«Cuando la anarquía amenazaba todo el Occidente de Europa, y casi había envuelto á la Italia entre ruínas y desolación, surge el poder de la Santa Sede...

»Es imposible concebir la confusión, ilegalidad y estado caótico de los siglos medioevales, sin la influencia de los Papas de aquella época.» (*History of Latin Christianity*, vol. II, lib. 2.º, capítulo VII.)

En parecidos términos se expresa este autor en otras obras suyas, como en *Metropolis of Christianity* y *History of Early Christianity*.

El biógrafo del heroico Papa San Gregorio VII, el protestante Voight, refiere las constantes luchas, que en defensa de la libertad civil y religiosa sostuvo ese poder, á quien los protestantes consideran como prototipo de tiranía y firmísimo baluarte del despotismo. Y ¿cuál es la conclusión que deduce? La siguiente:

«La Santa Sede era el único poder capaz de poner límites al despotismo imperial, y así lo hizo, en efecto; siendo una vez más defensora de la humanidad.» (*Hist. Greg. VII*, II, pág. 98.)

Leemos en una obra publicada por una Sociedad inglesa, destinada á propagar la instrucción cristiana:

«En la Edad media, la Iglesia era una gran institución popular. Á no dudarlo, una de las causas de esta popularidad era el ser la Iglesia en todos tiempos el campeón de los derechos del pueblo, y el amigo del pobre. En política, la Iglesia se colocaba siempre al lado de la plebe y en contra de la tiranía señorial. Los plebeyos eran considerados por los nobles como seres de casta inferior; por las leyes, como bienes muebles; pero la Iglesia los consideró como hermanos en Jesucristo, dotados de un alma destinada al reino celestial... Hablando en general, podemos decir que la Iglesia de los siglos medios cumplió sus deberes para con el pueblo, haciendo cuanto entonces se podía. Cultivó las ciencias y artes, y puso especial cuidado en la educación del pueblo.

La pintura y escultura de las iglesias, la representación de los Misterios, las festividades religiosas, los Catecismos y la predicación, fueron otros tantos medios, merced á los cuales los principales hechos de la historia evangélica y los principales dogmas del Credo eran más universalmente conocidos, y sus prescripciones más fielmente observadas que en nuestros mismos días.» (*Turning-points of English Church History*, págs. 16, 165.)

El historiador Froude escribe así:

«Nunca jamás, ni en los tiempos antiguos ni en los modernos, se ha visto una institución tan grande, tan beneficiosa, tan admirable como la Iglesia católica en las pasadas edades... Los Obispos y el Clero eran tenidos por ministros del Altísimo, y cierto que eran acreedores á este honor. No era precisamente la doctrina que predicaban lo que les conciliaba tanto respeto; que los bravos guerreros de aquel entonces no se humillaban ante un hombre, mortal como ellos, por las palabras misteriosas que pronunciara, ó por las ceremonias con que oficiara. Sabiduría, justicia y abnegación; desprendimiento, pureza y elevación de alma; tales eran las cualidades ante las cuales se postraban rendidos los bárbaros indómitos; y estas virtudes, en ninguna clase de hombres se encontraban en grado tan eminente como en el Clero de la Iglesia católica. Ellos, los clérigos, se apellidaban sucesores de los apóstoles; reclamaban, en nombre de su Divino Maestro, absoluta autoridad espiritual, y sus pretensiones parecían abonadas por la santidad de sus costumbres... No quiero con esto decir que todo el Clero fuera perfecto; la generalidad de las veces distaba bastante de serlo, y su prestigio no influía tanto... Jamás lograron que desaparecieran las guerras, ni las luchas de sucesión, ni los feudos civiles, ni las conspiraciones políticas. Pero lo que siempre consiguieron fué defender al débil contra las agresiones del fuerte. Para ellos, tan respetable era el vasallo como el señor feudal: uno y otro eran hijos de Adán, sin otra distinción que la muy accidental y secundaria del nacimiento más ó menos noble. El hijo de un artesano ó de un labrador se ceñía la mitra ó la tiara, si de tamaño honor se le encontraba digno. Era, pues, la Iglesia esencialmente democrática...» (*Short studies on Great Subjects*, volumen I, pág. 33.)

Dejando otras varias autoridades que la edición inglesa cita, por expresarse en todas ellas idénticos conceptos, vamos á cerrar esta serie de escritores protestantes con el testimonio de Laing.

«Legislación, conocimientos útiles, artes, ciencias, todo, en fin, lo que comprendemos al decir civilización, debe su origen á la supremacía que los Papas y el Clero católico ejercieron sobre la nobleza en los siglos medioevales. La libertad civil, política y religiosa que las naciones han disfrutado, es efecto de los trabajos de la Iglesia romana, y de su influencia en la propiedad, la economía social, la instrucción, en fin, en todo aquello que de algún modo se relacionase con ella en la sociedad en que vivía.»

Puesto que hemos oído de la boca autorizada de tantos protestantes el juicio que les merecía la actitud del Catolicismo con respecto á la libertad, veamos ahora la consecuencia filosófica que de la Historia deduce un sabio católico de merecida fama. Dice así Balmes en su obra *El Protestantismo comparado con el Catolicismo*:

«Mirada la libertad política bajo este punto de vista, ¿debe, acaso, su origen á las ideas protestantes? ¿Tiene nada que agradecerles? ¿Tiene nada que echar en cara al Catolicismo?»

»Yo abro los escritos de los autores católicos anteriores al Protestantismo para ver qué es lo que pensaban sobre esta materia, y encuentro que veían claramente el problema que había por resolver: yo escudriño si puedo encontrar en ellos nada que contrariase el movimiento del mundo, nada que se oponga á la dignidad ni que menoscabe los derechos del hombre, nada que tenga afinidad con el despotismo, con la tiranía, y los encuentro llenos de interés por la ilustración y progreso de la humanidad, rebosando de sentimientos nobles y generosos, llenos de celo por la felicidad del mayor número, y noto que levanta la indignación su pecho, al sólo mentar el nombre de tiranía ni despotismo. Abro los fastos de la Historia, examino las ideas y costumbres de los pueblos, las instituciones dominantes, y veo por todas partes fueros, privilegios, libertades, Cortes, Estados generales, Municipalidades, Jurados. Véolo con cierta informe confusión, pero lo veo, y no extraño que no se presente con regularidad, porque es un nuevo mundo que acaba de salir del caos. Pregunto si el Monarca tiene facultad de formar leyes por sí solo, y en esto, como es natural, encuentro variedad, incertidumbre, confusión; pero observo que las Asambleas que representan las varias clases de la nación toman parte en la formación de esas leyes: pregunto si tienen intervención en los grandes negocios del Estado, y encuentro consignado en los Códigos que se las debe consultar en

los asuntos de más gravedad é importancia, y hallo que muy á menudo lo verifican así los Monarcas: pregunto si esas Asambleas tienen algunas garantías de su existencia é influjo, y los Códigos me muestran textos terminantes, y cien y cien hechos vienen á recordarme el arraigo de estas instituciones en los hábitos y costumbres de los pueblos.

»¿Y qué religión era entonces la dominante? ¿El Catolicismo? ¿Eran muy apegados á la religión los pueblos? Tanto, que el espíritu religioso lo señoreaba todo. ¿Tenía el clero mucha influencia? Muy grande. ¿Cuál era el poder de los Papas? Inmenso. ¿Dónde están las gestiones del clero para acrecentar las facultades de los Reyes á expensas de los pueblos? ¿Dónde los decretos pontificios contra estas ó aquellas formas? ¿Dónde las medidas y las trazas de los Papas, para menoscabar ningún derecho legítimo? Entonces me digo con indignación: si bajo la influencia del Catolicismo salió del caos la Europa; si la civilización marchaba con rápido y acertado paso; si el gran problema de las formas políticas ocupaba ya á los sabios; si las cuestiones sobre las costumbres y las leyes empezaban á resolverse en sentido favorable á la libertad; si mientras era muy grande aun temporalmente la influencia del clero, mientras era colosal en todos sentidos el poderío de los Papas, se verificaba todo esto; si cuando hubiera bastado una palabra del Pontífice contra una forma popular para herirla de muerte, las libres se desenvolvían rápidamente, ¿dónde está la tendencia de la religión católica para esclavizar á los pueblos? ¿dónde esa impía alianza de los Reyes y de los Papas, para oprimir y vejar, para entronizar el feroz despotismo y gozarse á su sombra con los infortunios y las lágrimas de la humanidad? Cuando los Papas tenían desavenencias con algunos reinos, ¿eran con los príncipes ó con los pueblos? Cuando había que decidirse contra la tiranía ó contra la opresión de alguna clase, ¿quién había que levantase voz más alta y robusta que el Pontífice romano? ¿No son los Papas quienes, como confiesa Voltaire, han contenido á los soberanos, protegido á los pueblos, terminado querellas temporales con una sabia intervención, advertido á los reyes y á los pueblos de sus deberes, y lanzado anatemas contra los grandes atentados que no habían podido prevenir?» (*El Protestantismo comparado con el Catolicismo*, cap. LXI.)

Se hace difícil concebir cómo hay hombres de recto juicio que después de leída con ánimo imparcial la excelente obra, que

acabamos de citar, no vea clara como la luz del medio día la gran verdad con que Balmes cierra el último capítulo. Dice así:

«Antes del Protestantismo la civilización europea se había desarrollado tanto como era posible: el Protestantismo torció el curso de esta civilización y produjo males de inmensa cuantía á las sociedades modernas. Los adelantos que se han hecho después del Protestantismo no se han hecho por él, sino á pesar de él. He procurado consultar la Historia y he tenido sumo cuidado en no falsearla, porque recuerdo muy bien aquellas palabras del Sagrado Texto: «¿Acaso necesita Dios de vuestra mentira?» Ahí están los monumentos, ahí están en todas las bibliotecas, prontos á responder á quien los interroge; leed y juzgad.»

Todavía hay, sin embargo, protestantes que se dan por desentendidos, y como si tal cosa, propagan en periódicos y sermones, abusando de la candidez del público, las más absurdas calumnias contra el Catolicismo. ¿No reparáis, se les podría decir á los tales, parafraseando una sentencia del Cardenal Newman: no reparáis, que los que injurian á la Iglesia le deben á ella todo lo que son y todo lo que tienen; hasta el idioma de que se sirven para insultarla?